



EL MERCURIO - 2.10.1974 - P. 3

Los Cuentos de Enrique Bunster

Por IGNACIO VALENTE

661.840

La narrativa chilena tiene, desde sus orígenes, un rasgo bien particular: muchas de sus mejores páginas se deben a gentes de letras que no son, de buenas a primeras, "narradores", sino memorialistas, cronistas, historiadores, periodistas, etc. Entre los cultores formales de la "novela" o del "cuento" como géneros literarios no ha habido muchos —no ha habido casi nadie— que escribieran tan buena prosa (narrativa, incluso) como Encina, Alonso, Edwards Bello. Es en esta tradición donde se inscribe la obra de Enrique Bunster, cuyos "Cuentos selectos" (ed. Gabriela Mistral) están entre los buenos que se hayan escrito en el país, no obstante su aspecto de memorias de viaje, incursiones en el *petite histoire* o simples relatos de anécdotas que se suponen de dominio común.

Allí está precisamente su encanto: en la ausencia de todo esfuerzo visible por inventar, en el carácter imperceptible de su estructura literaria. Todo narrador se enfrenta, de partida, con la pesada inercia del lector sumido en la realidad cotidiana. El umbral de la ficción, esa alada frontera que siempre tiene algo de infantil y algo de mágico, sólo se cruza por obra de la seducción y por el conquisitante imperio de una nueva "convención" entre autor y lector. La manera de provocar este paso —las mil formas de la sugestión verbal, el anulo del suspense, la intimidad de la primera persona, etc.— sirve muy bien para caracterizar a cada narrador. Pues bien, Enrique Bunster es de quienes no se da —en apariencia— el menor trabajo para hacernos transponer la frontera. Parece que, incluso, ni siquiera la cruza, pues se deja caer en la forma más directa posible, como informándonos de un hecho escuetamente real, a la manera de la crónica. Puede hacerlo, ya que las historias de sus relatos suelen ser excelentes, sabrosas, sugestivas: se nos recomiendan por sí mismas y al autor le basta presentarlas tal como son.

Sus introducciones carecen de artificio. A veces simplemente se remite a terceras personas: "Fue en una sobremesa en el restaurante Yachting Club de Papeete donde escuché la historia del transmisionero de Rurutú". Y siempre entra en materia con el aire del amigo que nos contará una anécdota verídica, del cronista que revive para nosotros un hecho público, del periodista que informa con desnuda veracidad. Allí está el primer secreto de su arte: sin esfuerzo aparente, este inventor o recreador de leyendas, fábulas e historias nos ha ganado desde la primera línea, dándonos una impresión de realidad que, con su sencillez literaria, es superior a la literatura de tantos "cuentistas" puros. He aquí la verdad manifiesta que estos relatos nos vuelven a imponer: que el "cuento" consiste, antes que nada, en "contar" algo. Sin engolar la voz, sin poner en evidencia el tinte de la ficción o la convención narrativa, consigue Bunster de inmediato ese timbre de verdad leve y sabrosa que es el mejor atributo del género.



La ficción literaria queda así anulada por sí misma, lo que representa la mejor forma de literatura. Los cuentos de Polinesia, por ejemplo, nos instalan de lleno en esas islas del paraíso, con su eterna primavera y sus pasiones casi inocentes (no del todo matizadas por la astucia occidental u oriental, de tal modo que sólo una reflexión nos hace conscientes del carácter "literario" de la construcción narrativa y de la ficción anecdótica. Se diría que el viajero está simplemente recordando la vida de Hinano, la flor habitante, o las increíbles aventuras y desventuras de Garguin en Papeete. Otro tanto ocurre con los relatos de la segunda parte —cuentos de Chile—, donde recibimos la misma impresión de un testigo que nos conversa amigablemente, envolviéndonos en la evidencia primaria del suceso, como si no hiciera falta la convención narrativa. Y sin embargo, esta evidencia directa no es documental; se ha conseguido por medios "literarios", es decir, por gracia de una imaginación tan austera como alada; por la obra exclusiva de un lenguaje leve, sobrio, abreviado, que sabe decir lo justo sin tentarse con trozos, digresiones o efectismos que, por fortuna, no necesita, puesto que sabe coincidir con lo real a fuerza de contención y exactitud.

En este pulso exacto de la prosa de Enrique Bunster se advierte la mano del cronista, su "peso-específico" de realidad, su instinto de verdad humana. En cambio, los cuentos de la tercera parte —cuentos del mundo— verifican esta comprobación por contraste. Se trata ahora de relatos con "invención" manifiesta. En ellos se pierde bruscamente el encanto narrativo. A medida que crece la ficción, disminuye la naturalidad. La imaginación del autor se interpone algo pesadamente entre el

lector y la posible realidad del cuento, y sus golpes de ingenio o humor, no tanto excesivos y desorbitados, no nos compensan por la verosimilitud perdida. La ficción de una guerra nuclear o de un estrambótico futbolista brasileño queda, por su heccha gorda, muy por debajo del fino trazo de las aventuras polinesias o de la anécdota criolla. Y en el acto, el lenguaje mismo se hace más pesado, laborioso, opaco, como si funcionara fuera de su elemento propio. En otras palabras: la fantasía de Bunster se alasca cuando se propone la tarea de inventar ex novo un espacio narrativo de ficción; alcanza, en cambio, su punto óptimo cuando cabalga sobre la realidad dada de la verosimilitud histórica; cuando inspeime espléndidos toques de levedad y gracia a esa sustancia documental que es la auténtica materia de sus relatos.

Volvamos a los mejores cuentos, los de la primera y segunda parte. En ellos el autor no se hace presente: su imaginación coincide con lo imaginado: su lenguaje es ligero y dúctil; no se siente, diríamos, la pluma que escribe. Y sin embargo, de otro modo, la gracia leve de estos relatos debe atribuirse, en buena medida, a la cordial y humana presencia del autor tras cada frase, tras cada observación: su manera de mirar la vida, su humanidad cálida y comprensiva —invisible presencia— impregnan estas líneas. Hay, pues, "estilo", en el sentido más propio de un modo de ver y de sentir. Es el estilo del relato químicamente puro, la gracia ligera del cronista, que deja a los sucesos ser lo que son, que se pliega a su ritmo vital, que evita la tentación del énfasis, y no presta a las cosas narradas sino esa simpática y universal comprensión de su verdad psicológica.

Digamos, en la misma línea, que Bunster es intensamente ameno. Una pesada sospecha recae hoy sobre todo lo que, en literatura, es "entretenido". Pero en vano. La amenidad es, en los cuentos de Bunster, autodemosttrativa de su buena ley literaria. No se obtiene por halago de nuestros centros de interés más pasionales y fáciles. Al contrario, nos capta limpiamente en las redes de una verdad humana, más ligera que profunda, es cierto, pero siempre activa en el dinamismo de sus personajes. Y sobre todo, esta amenidad está ligada a los puros y simples recursos del lenguaje: no opera en nosotros por otro medio que la palabra, ágil, eficiente, sobria: de allí su pureza literaria. Es muy fácil —y equivoco— instalarse en un pretendido rigor estético, decretar impuro este género —cuento mezclado con periodismo— y calificar de simple este talento. Una crítica menos esquemática no puede sino reconocer alta calidad narrativa a estas piezas mixtas, a esta notable conjunción del narrador y del cronista, que representa Bunster en la línea de una ilustre tradición nacional. Tradición que, repitámoslo, nos ha dado —al margen de nomenclaturas formales— muchas de las mejores páginas de prosa de nuestra historia literaria.

Los cuentos de Enrique Bunster [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los cuentos de Enrique Bunster [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile